

TERCER SECTOR

ARMANDO DE MELO LISBOA

1. Definición

Caracterizado por el uso intensivo de trabajo, el tercer sector comprende cualquier forma de actuación de organizaciones privadas sin fines de lucros dirigida a finalidades públicas. Así, se suman en él actividades bastante heterogéneas e incluso contradictorias: el voluntariado, formas tradicionales de ayuda mutua, cooperativas, asociaciones civiles, ONGs, acciones de filantropía empresarial y movimientos sociales. La gran diversidad de lo que se describe genera divergencias, confusiones y debilidades conceptuales, metodológicas y operacionales.

Una señal de esta confusión está en identificar el tercer sector a veces con la cosa pública y no estatal (permitiendo corregir la dicotomía público/privado), otras con la sociedad civil. Lo que ocurre es que las asociaciones civiles constituyen la sociabilidad original, y surgieron mucho antes que los Estados y que las empresas. Históricamente son, por lo tanto, primer sector, y no tercero, incluso así lo reconocen algunos de los principales difusores del concepto de tercer sector. Esta imprecisión conceptual se da también entre las nociones de tercer sector, sociedad civil, economía social, economía solidaria y economía popular. El significado de tercer sector, a pesar de impreciso, se está imponiendo y hace falta una rigurosa aclaración conceptual.

En el mundo europeo, especialmente en la Europa latina, predomina la categoría “economía social”, desde donde surge más recientemente la expresión economía solidaria. El origen de la denominación economía social (acuñada por C. Gide en 1883) es inseparable de la historia del movimiento obrero europeo y de su tradición mutualista y cooperativista, buscando integrar lo social a la lógica económica. La propia expresión economía social explicita la afirmación de una eco-

nomía involucrada con lo social, el rechazo al economicismo y la autonomización de lo económico frente a la sociedad tienen una fuerte connotación política: expresa un modo de transformación del capitalismo a partir de la auto-organización de los productores y consumidores que se opusieron a la vía marxista de toma del poder estatal. Es importante acordar el rótulo que marcó despreciativamente esta visión alternativa de organización económica y social: socialismo utópico. Sin embargo, poco a poco, esta dinámica asociativista fue perdiendo fuerza e integrándose a la sociedad burguesa, desdibujando su fuerte connotación solidaria original. El surgimiento actual de la economía solidaria retoma y subraya esta dimensión política de una alternativa de organización del trabajo y de la sociedad.

A su vez, en América Latina, es más común hablar de “sociedad civil” y sus organizaciones para referirse al conjunto de entidades que se diferencian del Estado y del mercado y que actúan para redefinir el desarrollo y la misma naturaleza de lo político. En esta región, a diferencia del concepto de economía informal (en general actividades individuales y mercantiles de subsistencia, desarticuladas de una base social), surgió la expresión economía popular. Esta denomina una realidad en el interior de los sectores pobres y marginales que nace de un entretejido social familiar y comunal, pero con la connotación de ser un sector diferenciado del estatal y del capitalista, más que una forma de sobrevivencia y de amortiguación de las crisis. Lentamente, aquí también se habla de economía solidaria y/o economía popular solidaria.

La búsqueda de alternativas societarias se confunde, en parte, con la idea de una tercera vía, u otro camino aún no recorrido. La categoría tercer sector sugiere un tercer sistema cuyo actor principal ahora es el ciudadano (es decir, el poder del pueblo), contrastando con el poder del príncipe (sistema Estado) y con el poder del mercader (sistema mercado). A pesar de que están los que defienden la tesis de que el tercer sector es, en verdad, el primero, o que se recurra a la analogía de éste con el tercer Estado de Francia pre-revolucionaria, el origen del concepto es otro. Como sabemos, en la Francia de la pre-revolución de 1789, el tercer Estado designaba a los que no disponían de los privilegios de la nobleza y del clero, es decir, todo el pueblo.

De hecho, un cambio conceptual se establece una vez que la terminología “tercer sector” tiene un carácter más despolitizado y proviene de la literatura norteamericana, en la cual también se destacan

otras dos expresiones –“organizaciones sin fines de lucro” y “organizaciones voluntarias”–. De acuerdo a su principal definición académica (Salamon y Anheier, 1992), este sector está compuesto por organizaciones con las siguientes características: (a) son formales e institucionalizadas; (b) son privadas e independientes del gobierno; (c) no distribuyen los lucros; (d) se autogestionan; (e) poseen un grado significativo de participación voluntaria.

Cuando es aplicada a la realidad de los países periféricos, esta clasificación visualiza sólo la punta del iceberg, excluyendo un océano de iniciativas informales, según lo observa Fernandes (1994). De cualquier modo, este concepto permite vislumbrar y valorizar un amplio campo de actividades normalmente ignorado por las estadísticas, permitiendo ampliar el entendimiento de lo que es la “cosa pública”.

2. El poder del concepto

Vivimos un *boom* en el crecimiento de entidades filantrópicas y de organizaciones civiles en los últimos años, con el ingrediente nuevo de que ahora surgen las más diversas redes nacionales (como la CIVES –Asociación Brasileña de Empresarios por la Ciudadanía, fundada en 1990–; y la ABONG –Asociación Brasileña de Organizaciones No Gubernamentales, creada en 1991–) y globales de dichos actores (por ejemplo, en 1990 se creó el Consejo Empresarial para el Desarrollo Sustentable; en 1993 la Alianza para un Mundo Responsable y Solidario; en 1995 la CIVICUS –Alianza Mundial para la Participación de los Ciudadanos–; en 1998 la AGP –Acción Global de los Pueblos–, y la ATTAC –Acción por la Tributación de las Transacciones Financieras y Apoyo a los Ciudadanos–; y a partir de 2001 surge el Foro Social Mundial).

¿Qué significa todo eso? Para muchos, el sentido fundamental apunta tanto a la incorporación de lo social a la racionalidad económica (la izquierda descubre que el mercado no es pecado, y la burguesía que lo social no es un gasto), como a una nueva forma de hacer política, a una acción política que actúa sin una referencia centralizada y busca aumentar las potencias de la multitud (proceso de empoderamiento). Así como el público pasa a ser visto como algo más que lo estatal, también lo económico pierde su forma autista y privatista, pasando a ser percibido como algo propio de este amplio

espacio público. Hoy, la ciudadanía no espera más de los partidos políticos, y tiene una acción creativa, rebelde, autónoma, actuando como una multitud bakuniana, como un río incontrolable que irrumpió en el FSM, pero que también ya había estado presente en la explosión de mayo del 68, en la caída del muro de Berlín y en la consecuente implosión del “socialismo” del Este europeo, y en el reciente cacerolazo en la Argentina. Lo que legitima el tercer sector no son las fallas del mercado o las insuficiencias del Estado, sino más que nada las transformaciones contemporáneas, que requieren de una relación social más personalizada, humana y solidaria.

La aceptación del concepto tercer sector se beneficia del regreso a una comprensión de que el espacio público trasciende lo estatal, la cual tiene raíces ideológicas heterogéneas, ya que es afirmada por Rousseau, por la tradición anarquista y por el cristianismo social. Acá hace eco la clásica distinción griega de ubicar la esfera privada (el *oikos*) y la pública (la *eklesia*, local donde se discutían los asuntos de la *polis*) y el ágora, una esfera pública/privada que mantenía unidos los dos extremos. Es importante recordar que el ágora era la plaza donde se realizaba tanto el mercado como las asambleas del pueblo, ocupando un lugar central en las ciudades griegas.

Pero cuando se designa esta realidad con el concepto de tercer sector, se le está quitando su fuerza contestataria. El lenguaje no sólo expresa, sino que también crea la realidad, es decir: los conceptos son instrumentos de poder simbólico y, por lo tanto, constructores de poder social. El conflicto de conceptos es parte de una lucha más amplia por la conducción de las profundas transformaciones del tiempo presente. Toda categoría teórica está en permanente construcción, permitiendo desconstrucciones y relecturas. Sin embargo, pese a que coexistan en el debate sobre el tercer sector las más diversas perspectivas teóricas, de hecho el concepto de tercer sector está apropiado por una vertiente conservadora, donde se origina, remitiendo así a un campo delimitado ideológicamente.

Aún frente a las transformaciones societarias que denotan una realidad crecientemente interactiva y reconociendo la importancia económica de este confuso y heterogéneo sector sin fines de lucro, no podemos idealizar ingenuamente este “sector emergente”, considerándolo simplemente como la “octava economía mundial”, agente de una “revolución asociativa global que puede volverse tan significativa para el fin de siglo XX como la emergencia del Estado-nación

lo fue para fines del siglo XIX” (Salamon, 1998). ¿Este concepto se traduce, efectivamente, en una potente lógica nueva capaz de cambiar el capitalismo?

Como lo destaca Salamon, la marca registrada del tercer sector en los Estados Unidos es la colaboración con el gobierno, y no hay una tradición de hostilidad con las empresas privadas, de modo que el apoyo estatal provee aproximadamente 1/3 de las recetas de las organizaciones civiles estadounidense, mientras que 18% provienen de fuentes privadas (el resto son recursos provenientes de sus propios servicios). Aunque tenga un alcance muy ampliado, lo que hace que pierda el valor heurístico y que lo banalice. Sin embargo, las organizaciones políticas están excluidas del tercer sector. Para Montaña (2002) es sintomático del carácter ideológico de este concepto que en las principales clasificaciones del tercer sector estén injustificablemente ausentes los sindicatos y movimientos sociales contra hegemónicos, como el MST de Brasil. En contrapartida, predomina un enfoque operacional que acentúa el aspecto de la gestión profesionalizada de las organizaciones civiles, buscando acriticamente, para el “sector independiente”, patrones de eficiencia gerencial semejante a los del campo empresarial.

El hecho fundamental en tela de juicio es que resulta el tercero, actuando como un sector funcional, suplementario y complementario de la economía y del poder estatal, subordinado a los demás. Su sentido es actuar donde el Estado y el mercado son incapaces o inadecuados. Expresa una forma de pensar la solidaridad en tanto filantropía, donde la dimensión de lo político es negada. Como no busca fundar otra forma de regulación social, se reduce a posibilitar la convivencia “solidaria” entre clases desiguales.

3. Las fórmulas mixtas: ¿funcionales al neoliberalismo?

En el tercer sector son comunes las asociaciones entre empresas, organizaciones ciudadanas y estatales. Estamos frente a un fenómeno que tiende a realizar hibridismos entre los tres polos. Las asociaciones se justifican porque la comunidad sería más eficiente que las agencias gubernamentales para servicios sociales que exigen cercanía, cara a cara, y un alto grado de motivación. Franco (1999) señala que la razón principal para las asociaciones es estratégica y no de orden economi-

co, pues permiten ampliar el capital social, “condición necesaria para gestar un nuevo modelo de desarrollo”. Así, el tercer sector forma el “capital social” que, para Rifkin, ocupando la creciente mano de obra desaprovechada por el mercado y por el Estado, será el vehículo para una era posmaterialista. Como la propia naturaleza del trabajo se transforma, alterando el modo como nos relacionamos en sociedad, se hace necesario, según Rifkin (1995), rehacer el contrato social, favoreciendo el financiamiento del tercer sector (que este autor indistintamente denomina economía social) a través de las transferencias de las ganancias de productividad del mercado.

Las cada vez más frecuentes asociaciones entre el Estado, la sociedad civil y las empresas en parte resultan de las luchas de las entidades civiles, indicando su maduración y fortalecimiento. Pero ellas también son funcionales al proceso neoliberal de desresponsabilización del Estado de sus funciones sociales, pues encubren la transferencia para el sector privado de las respuestas a la cuestión social. Según un nuevo estándar de regulación social aún en disputa por la definición, el Estado, al desobligarse del protagonismo social más activo, vacía conquistas históricas de los trabajadores, ya que “las políticas sociales pierden su carácter universalizante de derecho social” (Gohn, 1999) y se transforman en políticas compensatorias. Sería un logro, alerta B. Santos (1999), confiarle a un tercer sector no democratizado la tarea de la democratización del Estado y del espacio público no estatal.

Pero, en la lucha contra el neoliberalismo, sería anacrónico proponer el retorno a una regulación social estatista. Los caminos para la impostergable erradicación de la miseria y para la sustentabilidad pasan por la construcción cooperativa y autónoma de la vida socioeconómica, a partir de la diversidad de nuestra identidad. No se trata de confiar ciegamente en la “mano invisible” del mercado, llenando el vacío del descompromiso estatal. Dentro del horizonte de la búsqueda por otro mundo más solidario, los nuevos caminos son construidos a través del debate sobre qué desarrollo queremos, sobre nuestro proyecto nacional, redefiniéndose las instituciones, incluso el propio papel del Estado.

De cualquier modo, es preocupante la pseudo despolitización que impera en el discurso de las entidades civiles surgidas a lo largo de los años 90, encubriendo su integración ideológica a las políticas neoliberales. Desde el aspecto positivo, constatamos que estamos superando las visiones maniqueístas: no cabe más pensar lo social

sólo a partir del mercado o del Estado, no quedamos más atrapados en el falso dilema de revolución o reforma. El fracaso del socialismo real lo indica con toda claridad, así como el fracaso social del capitalismo y la insuficiencia de la regulación por el mercado.

Esto no significa que los conflictos fueron disueltos ni tampoco que la sociedad civil deba aceptar todo tipo de alianza, una vez que siempre hará falta guiarse por el faro de la emancipación humana y por los principios éticos de intransigencia con la corrupción y la injusticia. Ni el capitalismo se transformó a tal punto que dejara de existir su dinámica de explotación y alienación, ni tampoco las viejas confrontaciones se licuaron. En verdad, ellas se presentan hasta más agudas, a pesar de que se reubican con parámetros cualitativamente nuevos, entre los cuales una multipolarización mayor de la realidad, una presencia creciente del multiculturalismo y de juegos cooperativos donde todos ganan, que conllevan a la crisis de las metáforas mecanicistas y del pensamiento social cartesiano, a la conciencia de la interdependencia de la trama de la vida y de la fragilidad de la biosfera, y a la percepción de que vivimos una gravísima crisis de la civilización.

Dentro del tercer sector, las grandes fundaciones ocupan un papel especial, estableciendo con la economía solidaria una relación clave que evidencia una realidad de gran ambigüedad. Las grandes fundaciones actuantes en el tercer sector son también productos de una lógica de huida de los pesados impuestos sobre la herencia, por parte de billonarios que, al final de sus vidas, por no tener herederos o por no estar seguros que éstos sean competentes, transforman la fuente de la reproducción de su inmenso patrimonio de lucros en ingresos. Así, aseguran que herederos incompetentes puedan heredar y conservar el capital.

Muchas de las principales organizaciones no gubernamentales (las Kings ONGs), que actúan en apoyo a los emprendimientos económicos solidarios, poseen sustancial parte de sus recetas provenientes de estas grandes fundaciones, como si fueran “pequeñas pulgas” que chupan un mamut (es decir, en el inmenso flujo infinito de los ingresos generados por la simple existencia y gestión del patrimonio de estas fundaciones), en una relación simbiótica realmente interesante. Eventualmente, algunas migajas terminan llegando a la base, beneficiando a aquellos que efectivamente están construyendo, de abajo hacia arriba, otra economía.

Aunque en general estas innumerables y frágiles iniciativas solidarias no se alimenten directa y parasitariamente de este gran juego entre fundaciones y Kings ONGs, ellas sufren el impacto de estos mega-intereses ocultos (porque nunca son transparentes en sus reales intenciones), tanto positiva, como negativamente, en un juego que hasta les permite que estas actividades de base salgan del aislamiento y puedan interactuar con otras experiencias similares, aunque algunas veces sobre la intermediación (y el control) de esas grandes ONGs. Estas, dado que son el canal de importantes recursos, instrumentalizan las prácticas de base y asumen una postura de liderazgo ideológico de todo el emergente campo solidario. Así, terminan por legitimarse, y pueden seguir contando con crédito ante dicho mamut que vive vegetativamente sólo con el metabolismo natural originado en la gestión de su fantástico patrimonio.

4. Invertir a Tocqueville

Hoy, parte de la intelectualidad redescubre el ampliamente ignorado “tercer sector”. Citando canónicamente a Tocqueville, la bibliografía sobre este sector siempre lo asocia, por lo general, a formas asociativas cívicas típicas del modo de vida norteamericano, cuyas tradiciones son exaltadas. Eso también fue largamente debatido en la obra de Putnam y su descubrimiento de la vital importancia del capital social para el desarrollo de determinadas regiones de Italia.

Efectivamente, no tenemos en América Latina una fuerte tradición de asociativismo solidario de tipo moderno, en particular de mecenazgo, por el contrario: aquí los empresarios se sienten libres para practicar un capitalismo salvaje. Ello se debe a muchos factores históricos, entre los cuales la circunstancia de que nunca tuvimos un significativo impuesto a la herencia. Asimismo, nuestra condición neocolonial hizo que nuestros industriales, en tanto socios de multinacionales, se contentaran con las tecnologías provenientes de las casas matrices, y nunca demostraron interés en colaborar filantrópicamente con nuestras universidades.

Sin embargo, hace falta invertirlo a Tocqueville, según argumenta A. Cortina (1994), una vez que hoy el capitalismo de matriz norteamericana exacerba el individualismo posesivo y se sobrepone a los modos de vida comunales. Mientras Rifkin y otros, en los países más

ricos, no paran de proclamar la necesaria restauración de la comunidad y del capital social, en los países del Sur, por lo general, las formas tradicionales de solidaridad social, fundadas en las relaciones de parentesco y en los lazos comunitarios, se mantuvieron vivas. En un contexto de políticas sociales ineficientes y excluyentes, ellas ocupan un lugar decisivo en la sobrevivencia de la población carenciada. Por ejemplo, en Florianópolis contamos con la presencia de la Hermandad del Señor de los Pasos (que administra el más antiguo hospital del Estado de Santa Catarina, el también bicentenario Hospital de Caridade), fundada en 1765; la Hermandad del Divino Espíritu Santo, creada en 1773; y la Hermandad del Rosario, formada por los ex-esclavos aún a mediados del siglo XIX. Se registra que estas hermandades no surgieron debido a beneficios otorgados por el Estado, como fue el caso de las primeras organizaciones no lucrativas de los Estados Unidos.

En nuestras sociedades periféricas, las formas de ayuda mutua no pertenecen al pasado, sino que poseen mucha vitalidad. Eso se ve cuando se tiene en cuenta la presencia, en la ciudad de Río de Janeiro, de las religiones espiritistas (kardecismo, umbanda y candomblé) que organizan en promedio un centro religioso cada tres días, mientras que las iglesias evangélicas crean seis nuevos templos por semana (Fernandes, 1998). Es importante tener en cuenta que, en general, cada templo religioso desarrolla por lo menos un proyecto social.

Como vemos, el tercer sector abarca actividades sociales muy antiguas. El hecho de que recién ahora están más visibles se asemeja al “descubrimiento” tardío, a principio de los años 70, por parte de los intelectuales, de la existencia de una economía informal que, visible en las calles, garantizaba la sobrevivencia de los empobrecidos. Es más, de la misma forma que el modo de vida de los más pobres siempre estuvo inserto en una red social y de solidaridad más amplia, también dicho tercer sector es la expresión de una antigua cultura solidarista que, con el predominio de una perspectiva modernizante y economicista, era hasta hace poco incomprendido e invisible a los ojos de los científicos sociales. Poco a poco, (los intelectuales) dejamos de estar ofuscados por la racionalidad moderna y logramos ver lo que el racionalismo de las luces ocultaba: las expresiones de solidaridad continúan manifestándose, aunque con nuevas formas.

Es más, nuestros intelectuales que hoy se encantan con la belleza de las tradiciones norte-céntricas, a través del debate sobre el “tercer sec-

tor” quizás todavía van a descubrir la fuerza de nuestras tradiciones populares del trabajo comunitario y de solidarismo, reconociendo la permanencia de las bases de otra racionalidad en la América Latina afro-india, recuperando los olvidados debates sobre el tropicalismo, la utopía antropofagista o nuestro *ethos* barroco, y reencontrar autores desconocidos fuera de un estricto círculo, como Câmara Cascudo y Clovis Caldeira. Nuestras fuerzas comunitarias nunca fueron consideradas en los planes de desarrollo, al contrario: ¡fueron aplastadas! Nuestras elites adoptaron un modelo de desarrollo que desvalorizó nuestras tradiciones, proceso que Temple (1986) denominó “economicidio” –la sustitución de las estructuras tradicionales de reciprocidad por aquellas occidentales de mercado–. La inmensa exclusión social es simplemente el otro lado de la moneda de una sociedad colonizada, construida institucionalmente sin el pueblo, que siempre se mantuvo subyugado.

Bibliografía

- Cortina, A., *La ética de la sociedad civil*, Madrid, Anaya, 1994.
- Fernandes, R. C., “O que é o Terceiro Setor?”, en Ioschpe, E. (org.), *3º Setor: desenvolvimento social sustentado*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998.
- Franco, A., “A reforma do Estado e o Terceiro Setor”, en Bresser Pereira, Wilhelm, Sola (org.), *Sociedade e Estado em transformação*, São Paulo, UNESP, Brasília, ENAP, 1999.
- Gohn, M. G., “Cultura política, mídia e o novo associativismo no Terceiro Setor”, en Congresso Brasileiro de Sociologia, 9, 1999, Porto Alegre, *A sociologia para o século XXI*, Porto Alegre, 1999.
- Montaño, C., *Terceiro Setor e questão social*, São Paulo, Cortez, 2002.
- Rifkin, J., *The End of Work: the decline of the global labor force and the dawn of the Post-Market era*, New York, Tarcher/Putnam, 1995.
- Salomon, L., A emergência do tercer setor – uma revolução asociativa Global, *Revista de Administração*, USP, 33 (1), 1998.
- Salamon, L., Anheier, H., “In search of the nonprofit sector: the question of definitions”, *Voluntas*, 1992.
- Santos, B. de Sousa, “Para uma reinvenção solidaria e participativa do Estado”, en Bresser Pereira, Wilhelm, Sola (org.), *Sociedade e Estado em transformação*, São Paulo, UNESP, Brasília, ENAP, 1999.
- Temple, D., *La dialéctica del don*, La Paz, Hisbol, 1986.